



Gibrana Nemer-Naveda. Espejo blanco y negro, 2005. carbón/papel, 50.4 x 65.2 cm.

PERFILES UNIVERSITARIOS

MEDIO SIGLO: DE INSTITUTO A UNIVERSIDAD

Lel instituto Literario del Estado de México fue establecido el 3 de marzo de 1828. Durante 128 años, respondió a las necesidades educativas de la entidad y contribuyó a sus principales transformaciones.

Los egresados del ICLA tuvieron importante presencia en la vida pública y privada de la nación. Varios de ellos ocuparon el cargo de gobernador y uno llegó a ser presidente de la nación.

En la vida intelectual destacaron institutenses como Ignacio M. Altamirano, Juan A. Mateos, Gumesindo Mendoza, Andrés Molina Enríquez, Daniel Cosío Villegas, José Vasconcelos y muchos más. En el arte: Felipe Santiago Gutiérrez, Luis Coto, Pastor Velásquez... En la ciencia: Nicolás San Juan, Maximiliano Ruiz Castañeda, Fernando Quiroz Gutiérrez...

Sin embargo, a mediados del siglo XX surgió la inquietud de transformar el Instituto en Universidad, lo cual se concretó el 21 de marzo de 1956.

Este artículo contiene un punto de vista de quien, adolescente, fue alumno del ICLA en ese tiempo.

I

ENTRADA A CLASES

A principios de marzo de 1956, me inscribí como alumno de segundo año de preparatoria en el Instituto Científico y Literario. El registro de inscripción

aparece en el libro NBA-154, hoja 56, del fondo de control escolar del Archivo Histórico de la UAEM. Mi credencial era la número 514, pues en aquel tiempo la matrícula del ICLA no pasaba de 700 u 800 alumnos.

El 3 de marzo se celebró, en el salón de actos —que todavía no se llamaba Aula Magna—, la tradicional ceremonia de apertura de cursos y entrega de premios. El ciclo era anual y terminaba en el mes de noviembre con los exámenes ordinarios. En el número central de la ceremonia de inauguración, el licenciado Juan Josafat Pichardo, director del plantel, leyó un informe anual de actividades.

Asistió toda la comunidad institutense, pero los alumnos de nuevo ingreso estaban temerosos de las “novatadas”, una serie interminable de bromas pesadas —algunas demasiado pesadas— que les gastaban los alumnos mayores.

En la primera semana de clases, los “perros” o novatos eran obligados a cortarse el pelo al rape luego de una serie de tijeretazos que les propinaban sus verdugos para “tuzarlos”.

Uno de los juegos favoritos de los grandulones era “la carrera del centavo”, que consistía en hincar sobre la banqueta a dos novatos y obligarlos a empujar con la nariz dos monedas de cobre de a centavo que era colocadas en el suelo, de manera que los pobres muchachos se raspaban horriblemente la nariz tratando de no perder, pues el que llegaba último a la meta, un par de metros adelante, era llevado inmediatamente a la alberca, que estaba cerca al árbol de la mora, para arrojarlo al agua con ropa, aunque estuviera helando todavía, pues en ocasiones esto sucedía a las 7 de la mañana.

Pasada la ceremonia inaugural, los alumnos asistían normalmente a clases hasta que una mañana, sin previo aviso, las rejas del Instituto se cerraron a las 8 de la mañana con todos los alumnos dentro, para organizar el tradicional “desfile de perros”, que recorría las principales calles de Toluca, y era el acto final, y público, de las novatadas.

A los pobres novatos los despojaban de sus pertenencias, les quitaban la camisa y el suéter y les cortaban en tiras los pantalones hasta dejarlos como bailarinas hawaianas. En rostro y cuerpo, los embadurnaban con pintura de aceite y, por último, les ataban un mecate al cuello para sacarlos a pasear.

El improvisado carnaval salía a desfilar por la calle de Toluca hasta llegar a Hidalgo, donde viraba a la izquierda para pasar frente a los Portales, doblaba en la calle de Bravo y llegaba hasta el Jardín de los Mártires, frente al Palacio de Gobierno.

Después de divertirse un buen rato, el abigarrado contingente regresaba por la misma ruta al Instituto y con ello terminaba, en el mejor de los casos, el calvario de los novatos, aunque algunos se-

guían soportando “bromas” durante varias semanas más.

En marzo de 1956, todo sucedió de acuerdo con la costumbre: Ceremonia, novatada, primeras clases.

Algunos maestros de aquel tiempo gozaban de gran prestigio entre los alumnos. Tal era el caso del licenciado Juan Josafat Pichardo, director del plantel, quien despertó mi admiración desde el primer día en las cátedras de Lógica y Psicología, pues su estilo pedagógico era intachable.

El profesor más erudito era el licenciado Enrique González Vargas, apodado *El Compa*, que daba Historia de México e Historia Universal y que a todos sus alumnos les decía: “compañero”.

En Literatura, no le iban a la zaga en preparación don Adrián Ortega Monroy y el profesor Juan Rosas Talavera, que era poeta y nos enseñaba a medir versos.

Entre los profesores más adustos, tenían fama de gruñones el doctor Jorge Barreiro, el profesor de inglés, Rafael Arias, y el maestro de matemáticas, Luis Gutiérrez. En cambio, el profesor de educación física Guillermo Ortega, *La Borrega*, era amigo de todos y gozaba de gran estimación, igual que el prefecto, César Chato Fuentes.

No es posible olvidar en esta enumeración parcial a una maestra de ciencias biológicas que era una leyenda viviente dentro del Instituto, severa, pero compren-

siva y a veces dulce con los alumnos: la maestra Rosita Sánchez, graduada con mención *cum laude* en su examen profesional presentado en la facultad de Pedagogía Superior.

Miguel Galindo, Onésimo Reyes, Julio Ortiz Álvarez, Alfredo Holguín, Francisco Carmona Nenclares y Víctor Archundia son maestros que no se han borrado jamás de mi mente, pues con ellos estudié materias que en la escuela secundaria ni se mencionaban: ética, latín, filosofía, griego y raíces grecolatinas, entre otras.

II

EL HISTÓRICO DECRETO

La transformación del ICLA fue producto de la perseverancia, pues los institutenses la tuvieron siempre en la mira de sus aspiraciones.

Desde el período 1944-46, cuando Adolfo López Mateos fungió como director del plantel, recién conquistada la autonomía, tanto él como el gobernador del Estado de México, Isidro Fabela, hablaron en ocasiones de fundar la universidad, pero no tuvieron elementos ni recursos para hacerlo. Además, puede decirse que la idea de universidad no había madurado socialmente.

A mediados de marzo de 1956, comenzó a hablarse del próximo cambio, pues el proyecto de los universitarios estaba en poder de los diputados a la XXXIX Legislatura, y los

institutenses habían logrado convencer al gobernador del Estado de México, ingeniero Salvador Sánchez Colín, de la necesidad de su promulgarla, de manera que sólo se esperaba una fecha apropiada para publicarla, y esa fecha fue el 21 de marzo.

En el Instituto, las clases transcurrían normalmente. El grupo estudiantil predominante seguía siendo el Club Vampiros, encabezado por Daniel Benítez Bringas y por el cual habíamos pasado muchos estudiantes.

El club tenía un local en el edificio, situado en la parte sur del patio antiguo, más o menos en donde hoy está la oficina del Abogado General.

Era un salón enorme en el cual los Vampiros jugaban ping-pong y ensayaban a tocar instrumentos musicales, pues poco tiempo después se fundó la Orquesta Universitaria, en la que el vocalista era Enrique *El Grillo* Carbajal y que se presentaba en los bailes a la manera de la Orquesta de Ingeniería, de la UNAM, que en ese tiempo era famosa.

Sería difícil tratar de recordar a todos los Vampiros, pero recuerdo a algunos del pie veterano, tales como Carlos *Huele* González, José Luis Macedo, Eduardo Albarrán *Barrabás*, José Antonio Solano, Federico Osorio *Ticoche*, Rolando Benítez, Prisciliano Hernández *Panano*, Rafael y Gilberto Pliego, los *Chéforos* José y Óscar Guadarrama, Víctor Méndez *El Jarano*, Raúl Izquierdo *La Muñeca*, Alfredo Albiter *El Títere*, y muchos más. En los ratos libres, algunos nos reuníamos a jugar naipes en los vestidores que circundaban la alberca, junto a la mora.

Los deportistas practicaban natación, basquetbol y otros deportes dirigidos por el *Chatito* Fuentes y el profesor Ortega, este último entrenador de boxeadores.

En ese ambiente estudiantil, llegó la noticia de la aprobación del Decreto No. 70 de la Legislatura, que contenía la Ley Orgánica de la UAEM y que apareció en la Gaceta del Gobierno el sábado 17 de marzo, pero que entró en vigor el miércoles 21, aniversario del nacimiento de Benito Juárez, en un día en que las clases, lógicamente, se suspendieron.

De momento, no hubo reacciones, pues la declaratoria inaugural quedó pendiente, a reserva de que viniera a hacerla, en ceremonia solemne, el Presidente de la República, don Adolfo Ruiz Cortines.

III

PRIMER CONSEJO UNIVERSITARIO

Al día siguiente de la entrada en vigor del decreto No. 70, es decir, el 22 de marzo, se inició la elección de los integrantes del Consejo Uni-

versitario, según lo dispuesto por el artículo 4º transitorio de la ley.

Terminado el proceso en las escuelas, el Consejo sesionó el 26 de marzo para elegir rector de la Universidad y directores de escuelas y facultades.

El cargo de rector recayó, por acuerdo unánime, en el licenciado Juan Josafat Pichardo, último director del ICLA, como reconocimiento a su esfuerzo para lograr la transición.

El Consejo designó también, durante esa sesión, a los primeros directores: licenciado Enrique González Vargas, Jurisprudencia; médico Mario C. Olivera, Medicina; contador Víctor Xavier Guadarrama, Comercio; profesor Joaquín Murrieta Cabrera, Pedagogía Superior; médico Antonio Vilchis, Enfermería, y licenciado Francisco Álamo, Preparatoria.

Los directores se integraron automáticamente al Consejo en calidad de consejeros *ex officio*. Poco después, se incorporó el ingeniero Carlos González Flores, director de Ingeniería, escuela que comenzó a funcionar en mayo.

La representación de los profesores quedó integrada de la siguiente manera: médico Jorge Hernández García, licenciado Santiago Aguilar, médico Fernando Moreno Arias, licenciado Jesús García Luna, profesor Adrián Ortega Monroy y profesora Rosa María Sánchez Mendoza, con sus respectivos suplentes.

Al operarse la transformación del ICLA, la sociedad de alumnos, encabezada por el estudiante Eblén Jalil Dib, desapareció para dar paso a la Federación Estudiantil Universitaria, cuyo presidente, Gabriel Betancourt Vicencio, se incorporó al Consejo, también en calidad de consejero *ex officio*.

El resto de la representación estudiantil se integró de la siguiente manera: María Eugenia González, Medicina; Víctor Raúl Esquivel, Comercio; Ofelia Vázquez, Enfermería; Adolfo Estrada Montiel, Jurisprudencia; Antonio García Lovera, Pedagogía; Julio Pérez Gudea, Ingeniería, y Enrique Mondragón Ballesteros, Preparatoria.

También se incorporó al Consejo, con derecho a voz, pero sin voto, el presidente de la sociedad de padres de familia, señor Luis Rodríguez.

Entre las primeras decisiones importantes del Consejo estuvo la formalización de los cursos de la Escuela de Ingeniería —que en el ICLA había existido y desaparecido de manera intermitente—; la transformación de la Escuela de Verano en Escuela de Turismo y la fundación, en 1957, de las preparatorias de Texcoco y Sultepec.

En los días del cambio —los *idus* de marzo— se conoció la noticia de que el doctor Fernando Ocaranza, médico eminente, ex rector de la UNAM y ex director del ICLA, había decidido donar su biblioteca médica a la recientemente fundada Escuela de Medicina, que, como se sabe,

surgió como parte del ICLA, en abril de 1955.

Los alumnos de aquel tiempo vimos llegar los libros —alrededor de cuatro mil— en un camión de carga, que los depositó temporalmente en un salón contiguo a la Escuela de Medicina, la cual funcionaba en la esquina sureste de la planta baja del edificio universitario.

IV

LA CEREMONIA

En los primeros días de mayo, se había desvanecido la esperanza de que el presidente Ruiz Cortínes viniera a Toluca a inaugurar oficialmente la Universidad.

Por otro lado, se dio la circunstancia de que en terrenos de la antigua estación de Santa Clara —actual perímetro de instalaciones del Instituto Mexicano del Seguro Social— había sido instalada la Primera Feria Agrícola, Industrial y Artesanal del Estado de México, enorme exposición de desarrollo regional, por lo que el gobernador Sánchez Colín esperaba también la visita presidencial para abrirla al público.

De último momento, el presidente dispuso que su ministro de Economía, licenciado Gilberto Loyo, inaugurara la feria e hiciera, en su nombre, la declaratoria inaugural de la Universidad.

Ambos acontecimientos se realizaron el 6 de mayo. El li-

cenciado Loyo y su comitiva estuvieron en la feria y después se trasladaron a la Universidad.

En el vestíbulo del edificio, los alumnos vimos pasar a los personajes, que primero se saludaban en la explanada con fuertes abrazos y caminaban después rumbo al salón de actos, hoy Aula Magna.

Los invitados especiales llamaban la atención: Gustavo Baz, Agustín García López, Fernando Ocaranza, Carlos Hank, pero ninguno con el carisma y la simpatía que irradiaba el Secretario del Trabajo del gobierno federal y ex director del ICLA, Adolfo López Mateos.

Además, algunos institutenses sabían que el licenciado López Mateos, desde su cartera ministerial, había brindado gran apoyo a las gestiones para fundar la Universidad.

Cuando dio principio la ceremonia, el licenciado Pichardo subió a la tribuna y pronunció un discurso de bienvenida en el cual explicó las razones que habían determinado el cambio. Lo escucharon por lo menos cuatro gobernadores de entidades vecinas y ocho rectores de universidades mexicanas encabezados por el doctor Nabor Carrillo Flores, rector de la UNAM.

A continuación, las palabras del licenciado Gilberto Loyo resonaron con solemnidad en el histórico recinto, cuando dijo:

"Hoy 6 de mayo de 1956, en representación del señor Presidente de la República, don Adolfo Ruiz Cortines, declaro transformado el Instituto Científico y Literario en la Universidad del Estado de México. Felicito al gobernador —presente en el presídium—, al rector, personal docente y estudiantado, para quienes traigo un saludo cordial del presidente del país".

Hubo aplausos y vítores para la nueva Universidad; sin embargo, el momento emotivo llegó cuando en los muros del Aula Magna se escuchó una voz educada, con tonalidades de barítono, que era muy conocida por los maestros del Instituto, ya que pertenecía a un antiguo compañero: El institutense de Toluca Adolfo López Mateos.

"Esta Universidad —enfaticó— va a vivir mucho. Hagamos votos porque sea vigorosa y fuerte y que no la manche la torpeza..."

A medio siglo de distancia, las palabras pronunciadas por López Mateos resultan proféticas.

También fue muy aplaudida la intervención del doctor Nabor Carrillo Flores, rector de la UNAM, quien definió la transformación como un hecho que cristalizaba "...un viejo sueño del liberalismo mexicano, a cuyo amparo nació el Instituto de Toluca".

Los alumnos de aquel tiempo no pudimos dejar de sentir, pese a nuestra frivolidad, que estábamos siendo testigos de un hecho histórico, y que, de algún modo, íbamos a relatarlo cincuenta años después. LC